HISTORIAS DE CRONOMAS Y DE FAPIOS

I

GENEALOGIA DE CRONOMAS Y FAPIOS

Sucedió que, por mucho que los cronopios no quisieran tener hijos, y se ocuparan los famas de tal menester en su lugar, descubrieron un día que las mujeres de los famas eran más agradables y cariñosas que las suyas propias.

Y desde entonces han venido mezclándose durante las últimas eras geológicas, y sus hijos cada vez les salen más a rayitas, o mitad y mitad, es decir, verdes y húmedos por un lado, ordenados y silenciosos por otro, generoso-descuidados, bailarines cuyo reloj atrasa, niños precavidos.

II

VERGÜENZA PUBLICA

Hasta en las mejores familias cronopias están los hijos rompiendo la tradición al no insultar horrorosamente a su padre, cuando, apostado en la vereda del colegio, les dirige su maravilloso sermón, con todo el sol entre los brazos.

—¡Buenas salenas, cronopio cronopio, arrebol de lunas, plumero marino, nácar de carne, hijo, hijo!

Y aunque se retuerzan de risa los demás niños, el pequeño sonríe angelical y contesta, es un ejemplo:

—¡Treguas salenas, cronoma, cronoma, querido papá!

Y corren lágrimas de rabia por las mejillas verdes y húmedas del cronopio, que en vano intenta disimular pasándose la mano por la frente.

III

LA FOTO DE FAMILIA

Un fama apaga el televisor justo en el momento en que el sol se pone, harto de pasar vergüenza. Cierra la puerta del salón, se acomoda en la butaca mirando fijamente la foto familiar que adorna, o mejor, incordia sobre la tapa del piano, y recuerda, contemplándola, a un frailuco europeo que en el jardín del monasterio sembraba guisantes de diversos colores, blancos, rojos, y le salían plantitas con flores rojas, rosas, a lunares y blancas. Mendel creo que se llamaba.

Así sus hijos, de aspecto fama, cronoma, fapio y cronopio, sonrien encantadores al lado de papá y mamá.

IV

EL MAS GUAPO

Una mañana de domingo inusitadamente alegre, tres cronomas salieron a pasear por el parque. Se apiñaban las esperanzas en los cocoteros, solitarias y frágiles, olía a primavera. Uno de los cronomas alquiló una silla plegable.

Intentaron sentarse los tres, pero la silla se cerraba automáticamente y les pillaba la carne.

Al principio les pareció divertido, después comenzaron a dolerles las moraduras y decidieron sortear el derecho a sentarse. La suerte favoreció al más alto, al más delgado, al más guapo, al que tiraba migas de pan a los cisnes del lago como un rey tira monedas desde su trono. Aquello colmó el vaso de la envidia y decidió su destino.

Los dos amigos, el gordo y feo y el bajo y antipático, alzaron la silla en hombros y la arrojaron al lago, que se cerró con pestañeo de ojo verde.

Porque el más alto, el más delgado, el más guapo, no sabía nadar.

Nuevo sorteo. El gordo descansa al sol. Profundo sueño. No advierte la viscosidad de la miel ni las hormigas rojas que trepan por su rostro. Pronto relucirán al sol sus pequeños huesos blancos.

El más bajo, el que alquiló la silla, la despliega con lentitud de rito, se sube en ella, hincha de aire sus pulmones y, emitiendo una melodiosa voz, comienza su discurso:

—Carísimos hermanos, ovejitas de mi rebaño, tiernos pecadores, amar a vuestro prójimo como yo os amo...

MAYORIA DE EDAD

Cuando un fapio crece varios centímetros seguidos sin pararse, organizan familia y amigos una fiesta a la antigua usanza para celebrarlo.

Se baila tregua, cantan los viejos cronopios, se descuelgan las esperanzas, ladronas de hilos azules, se preparan sandwiches de jamón y no se olvidan los de queso, bebidas y tartas decoradas con frases históricas alusivas al caso. Y, además, se baila Catala.

La fiesta comienza haciendo pasar al agasajado por una puerta cuyo marco tiene exactamente la misma altura que medía antes de crecer. El fapio se inclina para franquearla, siempre un poco dudoso, sonríe tímido, le ciegan flashes, cascadas de confeti, algarabía de los alegres compañeros.

Y a más de una joven se le hace agua la boca al verlo tan en su punto, tan apetitoso, tan crecido, tan disponible en suma.

LETICIA ARBETETA MIRA

Avda. Manzanares, 40
MADRID-11